

trado en un mensaje especial que la cuestión de la esclavitud era la principal causa de la guerra, proponía á las dos Cámaras del Congreso que aprobaran el siguiente acuerdo:

«El Gobierno de los Estados Unidos concederá á todo Estado que adopte la abolición gradual de la esclavitud una compensación razonable por los perjuicios que se le irroguen á consecuencia del cambio de sistema.»

Por esta proclama quedaban libres cuatro millones de esclavos, muchos de los cuales ingresaron en el ejército federal para batirse contra sus antiguos amos, contribuyendo no poco á que el Norte pudiese continuar la lucha con más vigor que nunca.

Lincoln había pensado que ántes de anunciar al pueblo sus intenciones sería mejor esperar la noticia de alguna victoria, pues de otro modo, particularmente si la declaración seguía de cerca á algún revés sufrido por las armas federales, el Sur podría interpretar su acto como una demanda de apoyo á los negros y una señal de debilidad. Lincoln había prometido solemnemente que si los separatistas llegaban á verse rechazados hasta Pensilvania, coronaría el resultado concediendo su libertad á los negros. Y cuando el 1.º de enero de 1863 firmó la famosa proclama de emancipación, después de estrechar la mano de los numerosos amigos que habían ido á felicitarle á la Casa Blanca, oyósele decir: «La firma que he estampado en ese documento parece algo temblona, porque mi mano está cansada, pero mi resolución es firme. Aseguré á los rebeldes en setiembre que si no volvían á su alianza, dejando de matar á nuestros soldados, derribaría ese pilar de su fuerza; ahora se cumplirá esa promesa, y no retiraré una sola palabra de lo que he dicho.»

La proclama produjo una gran excitación, y los abolicionistas se regocijaron mucho, porque veían el fin de aquella desgarradora lucha; mientras que los que dudaban del éxito cobraron fuerza y confianza, seguros de que por muchas que fueran las perturbaciones aún en perspectiva, la esclavitud dejaría de existir. La elocuencia humana, según dijo entonces un escritor americano, no podría expresar la inmensa gratitud con que se recibió la proclama por la infeliz raza negra, tan largo tiempo oprimida, y que saliendo al fin de la degradación de la esclavitud, elevábase á las gloriosas alturas de la libertad.

Durante el año 1863 la guerra prosiguió con sus alternativas, y á causa de los repetidos des-

calabros que habían sufrido los federales y de las perturbaciones que agitaban al Norte, muchos republicanos comenzaban á desesperar del triunfo; pero Lincoln los reanimó, y sus numerosos partidarios, al ver la destreza con que dirigía la nave del Estado en aquellos días de peligro, depositaron en el Presidente toda su confianza. Por fortuna no pasaron muchos meses sin que brillara la aurora de mejores días para el partido federal, pues el 3 de julio de 1863, cuando los separatistas habían invadido Maryland y Pensilvania, sufrieron la sangrienta derrota de Getisburgo, con pérdidas enormes, y esta batalla arrebató al Sur la última esperanza de vencer al Norte; desde aquel momento la guerra presentó una nueva fase, siguiéndose muy pronto á la victoria de Getisburgo los triunfos alcanzados en Wicksburgo y Puerto Hudson, en el mismo mes.

Inútil parece decir que mientras se proseguía la guerra tan encarnizadamente en los diversos puntos de la Union, el Presidente se hallaba poseído de la mayor ansiedad, y ciertamente no sin motivos, pues en ninguna época se había visto el país en circunstancias tan difíciles y apuradas. A decir verdad, necesitábase mucho ánimo y fortaleza para dirigir con buen éxito y administrar con acierto los asuntos públicos en aquella peligrosa crisis. Sin embargo, todo esto no bastaba para que Lincoln perdiese ni un momento su reconocida serenidad, su carácter se conservaba inalterable, y siempre era el «honrado Abraham» que hemos visto en su primera juventud. De su vida en la Casa Blanca refiérense muchos incidentes y anécdotas que dan á conocer la nobleza de Lincoln y sus virtudes.

En una de las recepciones públicas que con frecuencia había en la residencia del Presidente, Lincoln vió entrar á un muchacho de unos trece años, pálido, extenuado y de mísero aspecto, y como le llamase la atención, llamóle y le preguntó qué deseaba. El muchacho se adelantó, hizo un saludo, y con tímido acento contestó: «Señor Presidente, he sido tambor en un regimiento durante dos años; cierto día incurri involuntariamente en el desagrado de mi coronel, y éste me despidió; como estaba enfermo, condujéronme á un hospital; acabo de salir, y me presento al señor Presidente para preguntarle si puede hacer algo por mí.» Lincoln miró con ternura al muchacho, y le preguntó dónde vivía. «No tengo casa, replicó el joven; mi padre murió en el ejército, y mi madre ha

fallecido también; tampoco tengo hermanos; estoy abandonado en el mundo.» Al decir esto, el muchacho no pudo contener sus lágrimas. «¿Y no puedes vender diarios?» preguntóle Lincoln muy conmovido. «No, señor; estoy demasiado débil, y además no tengo dinero ni albergue.» Al oír esto, el Presidente sacó una tarjeta, escribió en ella algunas palabras, en las cuales recomendaba al joven tambor para que cuidaran de él, y dándosela al muchacho le dijo: «Toma, entrega esto á la persona que indica, y te se dará lo que necesites.» Inútil parece decir que el muchacho salió de la Casa Blanca loco de contento, bendiciendo el nombre del Presidente, á quien consideraba ya como un amigo.

El general que mandaba uno de los ejércitos de la Union, hablando cierto día de la excesiva condescendencia de Lincoln con los soldados sentenciados á muerte, decía á un amigo suyo: «Durante la primera semana de mi mando hubo veinticuatro desertores que por fallo del tribunal de guerra debían ser fusilados, y por lo tanto envié la sentencia al Presidente para que la firmara. Como Lincoln se negase á ello, fui á Washington, solicité una entrevista y le dije: —Señor Presidente, si no se hace un ejemplar castigo, el mismo ejército estará pronto en peligro; la gracia para unos pocos es crueldad para los muchos.— Señor general, replicó el Presidente, tenemos ya demasiadas viudas que lloran en los Estados Unidos, y no me pidáis que aumente el número, porque no lo haré.»

El presidente Lincoln se daba por muy contento siempre que podía encontrar alguna excusa para conceder gracia, aunque se tratara de caso que no la mereciese. Un soldado joven que se había batido valerosamente en una acción, y que fué herido, desertó poco después; se le capturó á las pocas horas y condenósele á muerte, pero muchos pidieron gracia á Lincoln. Al parecer no había causas atenuantes; la deserción estaba probada, y para dar el ejemplo creíase necesario el castigo. Lincoln reflexionó, y al fin ocurriósele una feliz idea para excusar el perdón. «¿No decís que estaba herido?— Sí, señor, le contestaron.— Pues entonces, repuso el Presidente, como la Escritura dice que en la efusión de sangre está la remisión de los pecados, opino que se debe perdonar esta vez.»

Sólo una vez el bondadoso Presidente rehusó otorgar gracia cuando de él se imploraba. Tratábase de un traficante de esclavos que estaba en la cárcel, y que habiendo cumplido su

condena debía pagar una multa de mil duros para quedar libre. El hombre escribió una lastimosa carta á Lincoln, solicitando su perdón para que se le dejara salir; pero el Presidente contestó: «Yo podría perdonar un homicidio, porque mi flaco es conmovirme demasiado fácilmente cuando se me pide gracia; pero el hombre que ha ido al Africa para robar á las madres sus hijos para reducirlos á una infame esclavitud, sin más objeto que el de ganar algunos centenares de duros, es para mí peor que el más depravado asesino, y por mí podrá morir en la cárcel ántes que yo le conceda su libertad.»

El siguiente caso demuestra que Lincoln solía también ser severo cuando lo juzgaba necesario. Cierta oficial á quien se había separado del servicio, escribió su propia defensa, y presentóse en la Casa Blanca solicitando una entrevista del Presidente. Este último escuchó la lectura que le hizo el oficial, y cuando hubo concluido, contestóle que en los hechos que citaba no debía intervenir el poder ejecutivo. El oficial se retiró muy mohino; pero á los pocos días pidió segunda audiencia al Presidente, leyó una segunda defensa, y obtuvo igual contestación. Sin darse por vencido, volvió al cabo de una semana, pudo llegar hasta Lincoln, y éste, después de escucharle con mucha paciencia, no le contestó. Entonces el oficial, exasperado sin duda, dijo con tono algo descompuesto: «Muy bien, señor Presidente; veo que no se quiere hacerme justicia.» Esto era demasiado para Lincoln, que levantándose tranquilamente y dejando sobre la mesa unos papeles que tenía en la mano, cogió del brazo al oficial, empujóle vigorosamente hácia la puerta y díjole cuando estuvo fuera de la habitación: «Le recomiendo á V. y le aconsejo que no vuelva jamás á presentarse aquí; yo podré tolerar una censura, pero no un insulto.» Atemorizado el oficial ante aquella actitud, pidió permiso para recoger sus papeles, que se le habían caído al suelo, pero el Presidente se opuso, diciéndole: «Salga V. de aquí, pues no quiero verle en mi presencia ni un instante más; ya se le enviarán sus papeles.»

Uno de los biógrafos de Lincoln, al hablar de la bondad de su carácter, decía lo siguiente: «Ese hombre, cuyo aspecto es el de un Hércules, tiene el corazón más tierno que se ha encerrado en un pecho humano, y sus bondades son casi una debilidad. Le entristece ver á otro sufrir, y siempre está dispuesto á dispensar su protección al que padece. Cierta día, que iba al ministerio de la Guerra, encontró á un soldado



herido, que muy lentamente dirigíase á las oficinas de aquel departamento para reclamar su paga y una pensión. El soldado reconoció al Presidente y pidióle consejo; Lincoln, sentándose al pié de un árbol, examinó los papeles del demandante, y despues de indicarle lo que debia hacer, entrególe una nota para que se le atendiera.»

Citaremos por último un incidente que no deja de tener gracia. En una de las recepciones oficiales, presentóse á Lincoln un caballero que pretextando ser uno de sus mejores amigos, solicitó un gobierno vacante, fundando la petición en que, sólo gracias á sus esfuerzos habia obtenido Lincoln su elevado cargo. «Muy bien, contestó el Presidente; me alegro de cono-



Jackson, general del ejército separatista

cer á uno de los hombres que han contribuido á ceñir en mi cabeza una corona de espinas. Le aseguro que no tengo ningun cargo disponible para satisfacer sus deseos. Pásele V. bien.»

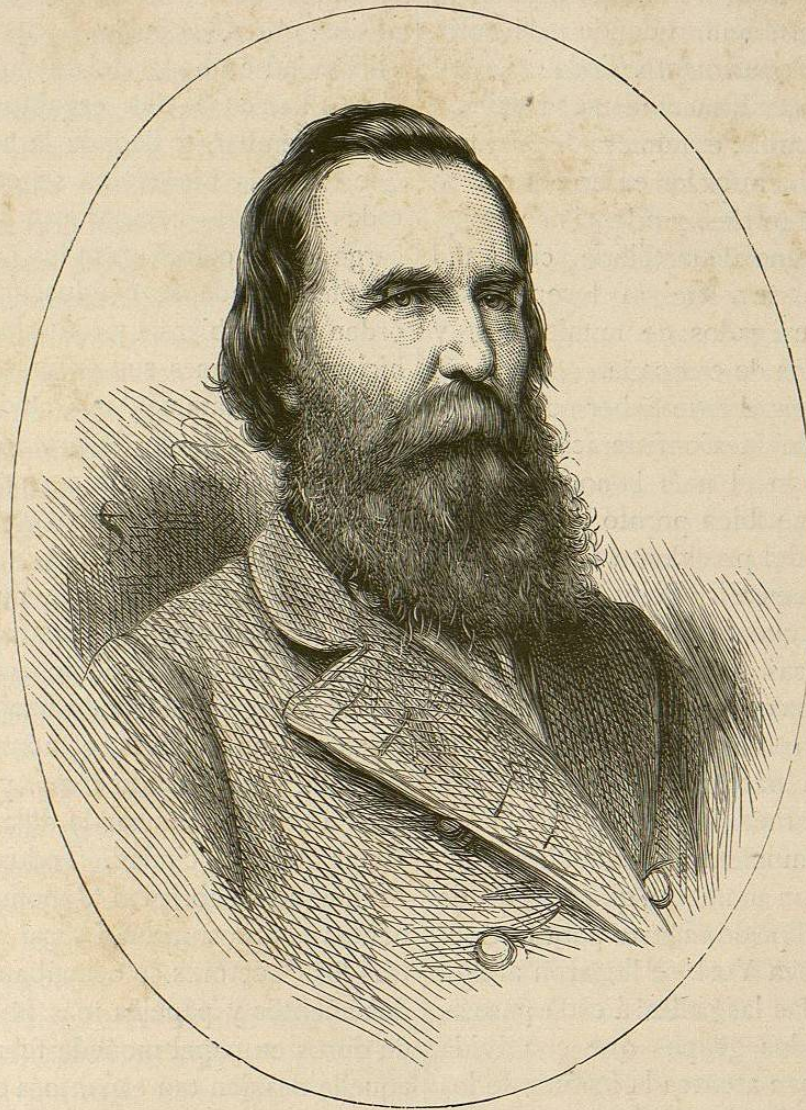
A principios de 1864, el Gobierno federal resolvió hacer un supremo esfuerzo á fin de concluir cuanto ántes con la rebelion; hízose una leva de medio millon de hombres, algunos de los cuales debian reemplazar á los que habian terminado su servicio; y el Presidente, que habia elegido al general Grant para general en jefe, dióle orden de encargarse del ejército del Norte y proceder con toda la actividad posible para no dar tregua ni descanso al ene-

migo hasta que se consiguiera someterle. Una gran parte del ejército del general Grant estaba á las órdenes del general Sherman, quien debia avanzar en una direccion miéntras que su jefe operaba por otro lado.

Espantosa fué la carnicería y horrible la devastacion en las batallas y combates que entonces tuvieron lugar casi diariamente para conquistar el Sur y apoderarse de los últimos baluartes de la rebelion; pero los esfuerzos combinados de los generales unionistas debian vencer al fin la enérgica resistencia de sus enemigos. No tardó el general Grant en llegar á la vista de Richmond, la capital de los confede-

rados, y una vez allí, despues de una serie de sangrientas acciones, en que los separatistas se batieron con el esfuerzo de la desesperacion, aquella ciudad cayó en poder de los federales, habiendo mediado ántes una breve correspondencia entre los generales Lee y Grant para tratar de las condiciones de la rendicion del ejército del jefe confederado, compuesto entonces de veintiocho mil hombres.

La entrada del ejército federal en Richmond fué un verdadero acontecimiento: el general Weitzel, seguido de su estado mayor y de sus tropas, penetró en los primeros arrabales de la ciudad, iluminada aún con los resplandores del incendio, y pocos momentos despues la bandera de la Union ondeaba en el Capitolio, donde el Congreso Confederado habia celebrado sus sesiones desde el mes de julio de 1861. Entu-



Longstreet, general del ejército separatista

siastas aclamaciones saludaron la aparicion de aquella insignia que anunciaba el triunfo de los unionistas. Mr. Jefferson Davis habia abandonado la ciudad el dia anterior, seguido de casi toda la oficialidad y de los miembros del Congreso, así como tambien de Mr. Guillermo Smith, gobernador de Virginia, y por lo tanto se efectuó la ocupacion sin la menor resistencia. Muy léjos de esto, hubo seguramente muchos que recibieron á los federales como libertadores, si bien no faltarian en cambio otros que hubieran preferido ver entrar en Richmond

á los federales como prisioneros de guerra. Segun era de esperar, lo primero que se hizo fué adoptar las medidas más oportunas para restablecer el orden: al general Shepley se le nombró gobernador, y al teniente coronel Manning preboste; cortáronse los incendios con toda la rapidez posible, y se dictaron, en fin, cuantas disposiciones parecieron más urgentes para que la ciudad adquiriese la tranquilidad, interrumpida algunas horas ántes. La conflagracion habia causado grandes destrozos en Richmond, pues sin contar los almacenes y depósitos, la